

AGUERRE CORE, Fernando:
Una caída anunciada. El obispo Torre y los jesuitas del Rio de la Plata (1757-1773).
 Linardi y Risso, Montevideo, 2007, 398 pp.

Siempre ha habido una tendencia en la literatura histórica, a pintar la experiencia jesuítica en el Paraguay en términos prominentes pero no empíricos, como si los clérigos que llevaron a cabo la conversión de los indios guaraníes no hubieran estado hechos de carne y hueso. Este es, ciertamente, un desarrollo histórico entendible. Los jesuitas eran, después de todo, hombres altamente motivados, que fueron conducidos por el poder de la fe hacia una región profundamente desolada y peligrosa, donde consiguieron establecer un nuevo tipo de régimen, que fue admirado tanto por la Corona como por los indios mismos, por cuanto ellos, los indios, eran el objeto de la atención de aquellos misioneros jesuitas. Las oportunidades de que los clérigos no tuvieran éxito en su misión habían sido siempre enormes, y se puede enumerar una docena de casos -en Nueva Francia, en Baja California, en China y Japón- donde sus esfuerzos fracasaron enteramente o en parte.

El hecho de que los jesuitas triunfaran tan completamente en Paraguay, sin embargo, fue un logro señalado, y no es sorprendente que haya generado una igual medida de elogio y de envidia entre las élites, tanto en las provincias platenses como en Europa. Cuando Voltaire hizo que su héroe *Candide* pasara a través de las reducciones jesuíticas en su camino a El Dorado, y finalmente en búsqueda de su propio "jardín," parecía en aquel momento una perfecta secuencia de hechos, porque indudablemente, los jesuitas habían creado algo de gran valor, que si bien no era exactamente de oro o utópico, ciertamente brillaba como un tesoro al otro lado de la montaña. Es por esto que la historia de las misiones jesuíticas en Paraguay pueden

inspirar tal número de poderosas reacciones, y aún en el tardío siglo XX ha dado tema para una película muy popular donde actúa, entre otros actores, Robert De Niro.

Todo esto es muy impresionante en términos de imágenes y reputaciones, pero simplifica muchos aspectos esenciales de esa experiencia histórica. Los jesuitas, debemos recordar, fueron parte de un proceso de colonización en el Nuevo Mundo que era mucho más amplio y mucho más complejo. Ellos convirtieron a los guaraníes no solo al Catolicismo sino también al modo de vida español, con todas sus contradicciones sociales y políticas. El contexto histórico del imperio español siempre ha tenido muchos niveles, y en el siglo XVIII comprendía diferentes principios de administración eclesiástica, asuntos del estado, fe y literatura. Así, en lugar de presentar una situación simple y directa, de jesuitas versus "jansenistas," realmente ofrecía una plétora de complicaciones y desafíos, muchos de ellos pobremente entendidos.

Aquí es donde el apasionante nuevo estudio de Fernando Aguerre Core entra en escena. En su mayor parte, la historia de la expulsión de los jesuitas ha sido descripta enteramente en blanco y negro, como en una película de vaqueros de Hollywood, con los buenos con sombreros blancos y sus enemigos seculares con sombreros negros, o viceversa. Aguerre Core muestra que tal interpretación histórica es totalmente insuficiente, que han existido muchas formas diferentes de mostrar lealtad al rey y a la Iglesia, de responder a las varias presiones de la Ilustración, y de adaptarse a cambios rápidos en el ambiente político. Tanto los jesuitas como sus oponentes podían ser, a su propio modo, españoles leales.

El tema de Aguerre Core es la vida y carrera del obispo Manuel Antonio de la Torre, pero su estudio presenta mucho más que una simple biografía. Según surge de él, Torre fue un hombre excepcional en una época excepcional. De cuna relativamente humilde, nunca olvidó sus orígenes y tampoco se dejó llevar por las tentaciones del orgullo y la ambición de poder, que eran tan comunes entre las figuras públicas de su tiempo (y del nuestro). Aunque

llegó a una posición de gran autoridad, y fue nombrado obispo primero en Paraguay y luego en el Río de la Plata, nunca actuó con la soberbia del poderoso recién llegado, sino que mantuvo una evidente simplicidad y dedicación a la gente común, a través de su carrera. Fue autodidacta en su mayor parte, y silenciosamente eficiente en todas sus labores. En este respecto, era un *sparring* perfecto para los jesuitas, quienes siempre habían dependido de su propia simplicidad, como una suerte de escudo contra aquellos que criticaban su status privilegiado en la región platense.

El nombramiento de Torre al obispado de Asunción, en 1756, fue de algún modo irregular o, al menos, inusual. Aguerre sugiere que su previa defensa de los derechos monárquicos valió como una recomendación para ese puesto. Esta explicación se ajusta bien con las interpretaciones aceptadas del centralismo borbónico y las doctrinas regalistas que hemos visto frecuentemente en la literatura histórica, pero el completo dominio de los detalles que muestra Aguerre Core da mucho más evidencia de la que usualmente tenemos para este tipo de análisis. De hecho, lo que es realmente impactante acerca del estudio, desde del principio al final, es la cantidad y calidad de la investigación que fortifica su evocación de la carrera de Torre. Aguerre ha escurrido minuciosamente en el Archivo General de las Indias, en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, y en los archivos de Argentina y el Paraguay, y ha salido de ellos con ricos materiales.

Torre era excepcional. Una prueba de esto es cuán seriamente asumió sus responsabilidades administrativas. Realizó una visita general al obispado del Paraguay en los tardíos 1750 y, como un cuidadoso observador, salió con todo tipo de informaciones útiles sobre el carácter económico y social de la provincia. Quisiera señalar que estas observaciones serán de gran interés para los historiadores económicos de América Latina, quienes siempre están buscando nuevas fuentes para completar su entendimiento de las regiones aisladas. Tal vez Torre no fue tan exhaustivo como Félix de Azara, Juan de Ulloa, o Alexis de Tocqueville,

pero ciertamente, fue un testigo muy apto. Tomemos, por ejemplo, esta descripción de Asunción, la cual difiere sólo en grado de lo que se puede ver hoy en la capital paraguaya:

a dos trozos de calle en medio de una ladera o loma, siendo necesarias escaleras para la entrada de las casas, y todo tan desnivelado y lleno de sanjones que con dificultad puede andar una carreta; y esto por sola una calle y añadiéndose lo montuoso que la sobrepone, se constituye a la vista una casa de campo o monte, todo el agregado de casas, que son de fabrica muy liviana, y muchas o las mas, techadas de paja. (pág. 66)

Linda descripción, y para ser honesto, con mi amor por los viejos documentos, yo hubiera querido ver publicados aún más de estos materiales.

En cualquier caso, Torre fue nombrado obispo de Buenos Aires en 1762, y poco después se embarcó en una gira de inspección por Corrientes y las Misiones. No le gustó lo que vio en el territorio jesuítico, y más tarde argumentó que la Orden era negligente en la instrucción religiosa que daba a los indios. Tal vez esto era así. Es posible que el área se hallara en considerable desarreglo, debido a la toma de las misiones orientales por los portugueses y a la recientemente concluida guerra guaraníca. Con Torre, no se sabe por seguro cuándo está hablando desde una convicción nacida de sus experiencias en las áreas jesuíticas, y cuando está deslizándose en antiguas críticas que los dominicanos, los franciscanos, y los seculares regularmente habían lanzado contra los jesuitas por más de un siglo. Tal vez no importe. Lo cierto es que Torre comenzó a escribir al Consejo de Indias, criticando la administración de la Orden y atrayendo gran cantidad de atención negativa hacia sí mismo durante el proceso.

En esta coyuntura, el continuado forcejeo entre el obispo y la Sociedad de Jesús comenzó a fusionarse con un conflicto más amplio con el gobernador de Buenos Aires, Pedro de

Ceballos. Esta última figura era un héroe militar de prominencia y un eficiente administrador por derecho propio, pero también era pro-jesuita en sus simpatías, como lo era el cabildo de Buenos Aires. Torre se las arregló para irritar a este último cuerpo, en relación a una serie algo compleja de privilegios y honores ceremoniales, sobre los cuales insistían los miembros del cabildo y el obispo pensaba que eran superficiales. El resultado de todo esto fue un volumen aún mayor de quejas dirigidas al Consejo de Indias. Aguerre trata estas misivas muy extensamente, ilustrando con gran paciencia cómo las acusaciones y contra-acusaciones se acrecentaban en un antagonismo más formal entre el obispo y sus críticos. Algunos de los cargos hechos contra Torre eran absurdos al extremo, como cuando el cabildo argumentaba, por ejemplo, que el había respaldado los levantamientos comuneros en Corrientes, cuando esos levantamientos ya se habían disipado antes de que él arribara desde Europa. Al final, el obispo vino a creer que los jesuitas habían dirigido la campaña de desprestigio contra él en Sevilla y Buenos Aires; el hecho de que ésta sea una acusación *cliché* no la hace, necesariamente, falsa.

Al final, no hay diferencia. El rey anunció su apoyo a Torre, llamó de regreso a Ceballos y, un año después, expulsó a la Orden Jesuítica de todos los dominios españoles. Torre hizo otra visita general, esta vez a la Banda Oriental, unos pocos años después, pero sus reportes en esta última ocasión fueron menos informativos, probablemente porque él ahora no tenía oponentes jesuitas a mano para reprender. Murió poco tiempo después.

¿Torre había sido justo con los jesuitas? Difícil de decir. Por un lado, el celo religioso de los jesuitas parece haber declinado en este período, y la Orden, haber hecho más y más concesiones a las tradiciones indígenas, dando un grado de legitimidad a actitudes y creencias que podrían haber sido rechazadas antes. Tal vez había algo de cálculo en esto, o los clérigos simplemente se estaban cansando. Otros comentaristas han hecho comentarios similares sobre ellos (y esto tiende a arrojar una luz más ambigua sobre los años finales de la Orden en Paraguay, de lo que muchos jesuitas estarían dispuestos a admitir). Por otro lado, Torre era un secular, un monárquico enfático, que vino al Nuevo Mundo con algunos prejuicios ya formados en su mente. Es testimonio del sentido de balance de Aguerre Core, que haya dejado juzgar al lector la relevancia de estos diferentes factores para alcanzar una idea cabal de Torre.

La mayor parte de los estudios sobre los jesuitas -aquellos como los de Magnus Mörner y el padre Guillermo Furlong Cardiff- tratan de la expulsión primariamente en términos de políticas impuestas por Madrid. Este trabajo, por contraste, se centra mucho más en las divisiones dentro del propio Río de la Plata. Algunas veces, para nuestros supuestamente modernos ojos, estas varias fricciones que surgen alrededor de Torre se parecen mucho a celos de poca importancia, pero como las recientes experiencias de Hillary Clinton, John McCain y Barack Obama surgieren, toda política realmente es local. Al llamar nuestra atención hacia esto, y al lanzar una luz concentrada sobre la carrera de Manuel Antonio de la Torre, el Dr. Fernando Aguerre Core nos ha hecho a todos un gran favor.

Thomas Whigham¹

¹ Professor, Department of History – The University of Georgia.